

De lo que, sin lisonja estoy seguro,
 Es de que cuanto mas nos alejemos
 De la edad placentera
 Que vió nacer nuestra pasion primera,
 Tanto mejor se debe
 Gozar del que nos queda, tiempo breve.

Aplaudimos mucho aquel pensamiento moral. Despues recordámos á Bion, que nos habia prometido contarnos el cómo un Dios propicio le llevó á encontrar tan amable compañera. — Con mucho gusto lo cumpliré, añadió Bion: hagamos nuestras libaciones, y desempeñaré mi promesa.

CAPITULO XL.

Como encontró Bion á Teofania.

ESTABA yo en Mileto, ciudad de la Ionia, donde el cielo es puro y sereno, y donde corre el Meandro por entre deliciosas praderas, bajo doseles de chopos, describiendo mil vueltas y revueltas que retardan y hermocean su curso. Este río goza del particular privilegio de que las jóvenes, algunos dias ántes de su himeneo, vayan á ofrecerle sus primeros favores, que aquel Dios se digna de aceptar algunas veces. En aquel voluptuoso clima no

se respiran mas que placeres y amores. Se dan á multiplicar las fruiciones, y á crear nuevos deleites; pero descuidan los del espíritu y los del corazón, que son mas gratos, mas verdaderos y mas durables que los de los sentidos. El placer es sin duda alguna una cosa excelente, pero no puede ser para el hombre un estado habitual y constante: el reposo y la paz consigo mismo y con los otros es el blanco en que debe poner la mira todo hombre sensible y juicioso. Esta es la filosofía de mi maestro Epicuro.

Un dia de invierno hermosísimo comí en el campo. Fué larga la comida, y no volví á la ciudad hasta la entrada de la noche. Distaba de ella solo algunos estadios, cuando encontré dos hombres que muy azorados me preguntaron: ¿si habia encontrado á una muchacha? Al oír mi respuesta negativa, se fuéron. No lejos de allí, un perrillo que llevaba conmigo se paró enfrente de una cerca que seguía el camino; y luego se vino á mí de repente, despeluznado, y ladrando á mas no poder. Sus ladridos y su espanto me hicieron sospechar que podia haber algun pícaro oculto detras de aquel abrigo. Aunque viejo, tenia yo brios y vigor; y así armado con mi garrote me arrimé, y mi perro reforzó sus ladridos. Procuré mirar por encima de la cerca, pero me detenía un foso cenagoso. La noche

no era oscura. Vi súbitamente asomarse por la cerca una figura....., un espectro, que yo hubiera creído fugitivo del Tártaro, si su voz dulce y persuasiva no me hubiera mostrado una muger moza y desdichada. Dijome con tono melancólico: « ¡ Hombre honrado, en el nombre de Jupiter y de los Dioses hospitalares, os pido que tengais compasion de mí, y que socorrais á una desventurada! » Aquellos dolorosos acentos y aquel órgano suave de voz me penetraron el alma: salvé pues el foso. ¡ Que aspecto! ¡ que cuadro! ví á una muger medio desnuda, con un niño en los brazos: su pecho, su cara y su estendida melena estaban salpicadas de sangre y de lodo; y tan pasada del frio, que la temblaban todos sus miembros. Titubeé en si llegaria ó no; y ella conociendo mi temor se me arrojó delante, me presentó á su hijo, levantó los ojos al cielo, é imploró mi conmiseracion y humanidad. — « ¡ Quien sois? la pregunté: ¿ que haceis en este foso? — No puedo, me respondió con voz debilísima, hablaros ahora: estoy agobiada de penas, y me mueró de frio y de susto: salvadme, de lástima, y os haré saber mis desdichas. » No vacilé mas, la eché mi capa, la ayudé á salir del lodazal, la di un brazo para que se apoyara, y con el otro tomé al niño: estaba caidísima, y el frio la habia aterido: yo la sostuve y animé cuanto

pude; pero de allí á poco cedió á su debilidad, y se desmayó. Me ví embarazadísimo, y me determiné á llevarla acuestas: con aquella carga pues llegué á Mileto, sumamente fatigado. Mandé encender fuego, la di cordiales, y reparé que estaba gravemente herida en una mano. Cuidé su herida, la hice luego meter en el baño, y la envié vestidos. ¿ Como podré pintaros mi sorpresa cuando la volví á ver? creí que alguna nueva Circe habia transformado en divinidad á una muger espantosa. Habia yo reparado muy bien en sus bellos ojos; pero todo lo demas de su rostro estaba tan deshecho, tan sucio y tan negro, que no pude, ni con mucho, sospechar las perfecciones de aquella amable figura. Echóse á mis piés para mostrarme su agradecimiento: yo la levanté, elogí su belleza, y me felicité de tan feliz encuentro. Cenámos; y cuando ya el alimento y el buen vino hubo restaurado las fuerzas de su cuerpo y espíritu, la supliqué que me contase su historia.... Pero quiero daros el placer de que se la oigais referir á Teofania, que era la misma muger de quien os he hablado; porque la contará con aquella naturalidad y gracia, que yo estoy lejísimos de imitar. La estrella de la noche nos trae el fresco; vamos á respirarlo sobre la colina que tenemos enfrente: allí encontraremos alfombras de céspedes, y miéntras la narracion lle-

varé á pacer mi ganado. Entónces salimos de la gruta. La hermosa Psiquis nos pidió licencia para dejarnos por algunos instantes. Bion tocó su churumbela, é inmediatamente acudió todo el ganado. Atardiéron el valle los balidos de las ovejas y carneros: uno de estos marchaba, gravemente erguido, á su cabeza; y dos mastines ocupaban los flancos, para mantener la disciplina y el órden. Andando como íbamos, nos dió Bion á observar las comodidades y bellezas de su jardín. — « El de Alcinoó, le dije, tan celebrado por Homero, era, comparado con el vuestro, el jardín de un pastor; y este seria digno del Rey de los Feacos. — En mi juventud, repuso Bion, cuando me acosaba la pobreza, no ambicionaba yo mas que una de las cuatro fuentes de Alcinoó, y algunas fanegas de tierra de su vérgel. Pero la aficion á lo bello, las proporciones exactas, y el deseo de gozar, se van poco á poco insinuando en el alma, y perfeccionando su delicadeza y sensibilidad. ¿Es esto un beneficio, ó un presente funesto de la naturaleza? Dejolo á la decision de nuestros grandes metafísicos, los cuales seguramente no se pondrán de acuerdo sobre este punto. — Pero, Bion, le pregunté, ¿ como, habiendo nacido pobre y ambicioso, habeis podido llegar á la opulencia que disfrutais? » — Lacides le dijo entónces que debia á sus

huéspedes la historia de aquella revolucion de la fortuna, porque los divertiria mucho. — Lo haré con gusto, dijo Bion: subamos á la colina, y os haré la tal narracion mientras viene Teofania.

CAPITULO XLI.

Historia de Bion.

ESMIRNA es mi patria: un suceso singular señaló los primeros dias de mi nacimiento. Sorprendió el enemigo la ciudad, y los habitantes amedrentados se salvaron por la puerta opuesta: en aquel desórden me dejó mi ama de cria en un campo raso.

Pero algun Dios cuidó de mí; porque á mis lloros y chillidos acudió una cabra que habia parido poco habia, me dió de mamar, ahuyentó los perros y demas bestias, y me continuó por mucho tiempo aquel caritativo oficio. Retirados ya los enemigos, volviéron los habitantes á sus hogares; unas mugeres me encontráron, y se quedáron sorprendidas de hallarme todavia vivo. Muchas de ellas quisieron darme de mamar; pero yo desviaba la cabeza del pecho, dando agudísimos gritos. Acudió entónces corriendo la pobre cabra, y tomé su teta delante de todas aquellas muge-

res que mostraban su sorprendimiento y alegría. Desde entónces, para que acudiera la benéfica cabra, me escitaban á gritar, y venia al instante.

Mi padre, que fué discípulo del Dios de Epidaura, y hombre de talento y de mundo, no me dejó mas herencia que unos libros de medicina, un Homero, el busto de Esculapio, una cajita llena de retratos y de cifras de pelo de sus queridas, muchas deudas, y un poco de dinero contante. Tomé las monedas y el Homero, y dejé á los acreedores los libros de medicina, el Esculapio, y la cajita de los retratos. Fuí á Atenas llevando, cual Bias, todos mis bienes conmigo; pero como jóven y enamorado de los placeres, sediento de instruccion, sin pensar en mas que en versos, y siempre paseandome por las alturas del Parnaso, miraba yo con superioridad las riquezas, y preferia una sonrisa de Apolo á todos los regalos de Pluto. Pero las necesidades, que solian ser punzantes, avisáron á mi filosofía que el dinero valia para algo, y que era necesario regar las flores del Helicon con algunos hilos de agua del Pactolo. Pero, con todo, opiné que un hombre de ingenio, un discípulo del Liceo, no debia sacrificar al cuidado de enriquecerse mas que un cortísimo período de su vida; porque la sed inextinguible de oro, y la continuada aplicacion

para adquirirlo, esterilizaban el alma y sofocaban sus luces.

Habiase estendido por la Grecia la reputacion de Dionisio de Siracusa. No se hablaba mas que de sus riquezas, de su poder, y de la proteccion que daba á las letras y á las artes. Determiné pues ir á su corte, para arriesgar la entrada al templo de la fortuna. Pedí á Platon una recomendacion: sus cartas, y el peso de su nombre, me consiguieron de Dionisio una acogida de mucha distincion. Antes de mucho fuí admitido á sus diversiones, y poco á poco me fuéron granjeando su confianza mis versos y mi jovialidad.

Supe que aquel Soberano de la Sicilia, que ejercia un poder ilimitado, y que gozaba de todos los dones de la fortuna, era acaso el hombre menos feliz de los nacidos. Bajo sus dorados techos habitaban los rezelos, los temores y los remordimientos. Todo el mundo sabe la historia de Damocles, que se ha contado de mil diferentes modos; pero oid su verdadera version, esto es, lo que he visto yo mismo con mis ojos,

CAPITULO XLII.

Historia de Damocles.

DIONISIO dió una fiesta al pueblo, el cual se amontonaba y se impelia en la plaza que estaba delante del palacio. Paseabase el Príncipe desde una ventana á otra; y Damocles, que era uno de sus mas intrépidos aduladores de corte, le seguia diciendole: « Príncipe mio, ¡ que dichoso sois! Todo ese pueblo, todo lo que veis, todas esas riquezas, y mucho mas, todo os pertenece, como que sois dueño de todo. » Tanto repitió aquellas sandeces, y tanto celebró las felicidades de su amo, que Dionisio, cansado de sus torpes adulaciones, le dijo: « Esta tarde quiero que disfrutes de mi felicidad suprema: serás Rey por veinte y cuatro horas: ordena una fiesta, elige tus convidados, que yo asistiré como vasallo, y eso si me convidares. » Abrevio lo restante de la historia. Entró Damocles en el salon del festin con la corona puesta, circundado de sus guardias y de los grandes de su corte. Una orquesta magnífica tocaba marchas triunfales; y nosotros le acompañábamos, juntamente con Dionisio, confundidos entre la multitud. El feliz Damocles se colocó

sobre una suntuosa camilla, bajo un dosel de púrpura, sembrado todo de estrellas de oro y de plata. Las varas y sus remates eran de oro macizo; jóvenes de las mejores familias le rodearon para servirle. Miéntras la comida, tomó la lira una cantarina diestra, y cantó los placeres y las delicias del amor. Un poeta le presentó unos versos, en los que celebraba su talento, su poder, sus virtudes, su valor, su generosidad, la dulzura de su reinado; y todos á porfía aplaudiéron las alabanzas que se daban al nuevo Monarca, al cual, cuando hablaba, escuchaban todos admirados y silenciosos. Damocles se embriagaba con aquellos inciensos y con aquellas lisonjeras veneraciones, y se saboreaba con las delicias de una delicadísima comida. Pero, alzando casualmente los ojos, vió una espada verticalmente suspendida sobre su cabeza, cuya acerada punta le amenazaba, y solo pendiente del techo por una cerda. Aquella vista acibaró su gozo y su apetito; por mas que continuáron prodigándole elogios, y alabándole lo esquisito de los manjares y los vinos de Grecia, se cerráron sus orejas y su estómago, y no vió ya mas que aquella espada que por instantes iba á caer, y pasarle de parte á parte. Hacia gestos tales, que Dionisio y los espectadores se divirtieron mucho. Por último, aquel Rey de un dia, in-

quieto y agitado entre sus grandezas, suplicó á Dionisio que le permitiera abdicarlas. Con aquella leccion emblemática dió á conocer Dionisio la existencia de los tiranos en el centro de los deleites y del fasto que los circunda.

CAPITULO XLIII.

Continuacion de la historia de Bion.

UN dia encontré á Dionisio profundamente melancólico; quise alejarme, pero me llamó, y me dijo: « ¿Filósofo griego, has adivinado alguna vez el enigma de la felicidad? ¿sabes donde existe? » — Oid, le respondí, la respuesta de Anaxagoras á un gran señor que le preguntó ¿cual era el hombre feliz? « No » es aquel que, cargado de honores y de riquezas, parece dichoso á los ojos del vulgo, » sino aquel que cultiva un reducido campo, » y que mezcla con sus trabajos campesinos » el comercio sin ambicion de las Musas. Es » verdad que su modesto exterior y su sosegada cara no espresan las vivas emociones » de la alegría; pero es porque esta habita en » su corazon. » — Tambien os citaré la bella fábula de Crantor: presenta en los juegos olímpicos á la Riqueza, al Deleite, á la Salud,

y á la Virtud: cada una de estas pide la manzana. La Riqueza dice: Yo soy el soberano bien, porque conmigo se compra todo. El Deleite dice: La manzana me pertenece, porque, si las riquezas se desean, es solo por conseguirme. La Salud asegura que no hay deleite sin ella, y que la riqueza es inútil. Por último, representa la Virtud que es superior á todas tres, porque con oro, deleites y salud, cabe ser miserabilísimo, gobernandose mal. La Virtud logró la manzana. — « La fábula es ingeniosísima, repuso Dionisio; pero sería mas exacta, si Crantor hubiese dicho que el soberano bien, ó la felicidad, es la reunion de las cuatro competidoras: virtud, salud, deleites y riquezas. Pero Crantor y Anaxagoras dicen bien: en el ápice de las grandezas, y nadando entre la molicie y el lujo, estoy cansado de vivir, y me juzgo el hombre mas desventurado de los nacidos. Dame consejos: dime ¿que camino deberé tomar para ver algunos resplandores de esa felicidad fugitiva? ¿que harías en mi lugar? — Me escaparía, Señor, de este vastísimo palacio: dejaria de ser Rey, para volverme particular y hombre: me retiraria á Atenas, que es la morada dichosa de las artes, de la filosofia, del buen gusto, de la cortesía y de la libertad: compraria una bellísima casa de campo: plantaria y fabricaria: hablaria con